

Felipe de Luis Manero

Aprieta



AdN

Felipe de Luis
Manero
Aprieta

AdN

Primera edición: octubre de 2025

Diseño de cubierta: Compañía

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Felipe de Luis Manero, 2025

c/o DOSPASSOS Agencia Literaria

© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com



ISBN: 979-13-87596-13-2

Depósito legal: M. 11.996-2025

Printed in Spain

«El mundo es basura, pero me gusta estar vivo».

Ilegales

Aún están a tiempo. Ninguno de ellos lo sabe, pero aún pueden dar marcha atrás, volver a casa, meterse en la cama y dejar que todo siga igual. Porque no ha pasado nada, ni aquí ni allí. Pero ellos no lo saben, ellos creen que el humo ya ha invadido sus almas, y tal vez sea así, pero aún están a tiempo.

No es habitual que la vida brinde segundas oportunidades, pero aquí tienen la suya: disponen de un margen de maniobra, podrían empezar y luego parar, portarse mal —solo un poco mal— y después detenerse, porque incluso dentro de un rato, todavía estarán a tiempo. Pero ellos ni siquiera lo pueden imaginar, y el alud es tan grande y está tan cerca que va a ser imposible que no los arrolle. Y será tan real como cruel, porque en realidad siempre ha estado en sus manos. Pero nadie se lo puede gritar, no hay nadie que les avise, es inútil. Aún están a tiempo, pero ellos no lo saben.

Se nos fue (I)

El asiento trasero del coche se mueve rítmicamente. Desde fuera, bajo la luna aún resistente entre los estertores de una madrugada de diciembre, no se percibe nada. Solo los cristales empañados, helados, duros e impenetrables para la vista. El chico que antes conducía y ahora está en el asiento de atrás —diecinueve años recién cumplidos, alto, una siniestra cicatriz en la frente— no siente el frío y, con los calzoncillos y los pantalones por las rodillas, empuja y empuja.

Delante están otros dos jóvenes, tal vez un año menores que el otro, ateridos de frío, aunque exaltados por la última raya de *speed* que se han metido justo antes de hacer subir al coche a la chica rumana. En realidad, no saben si es rumana o no, casi no han cruzado palabra con ella. Recorrían con lentitud los senderos de la Casa de Campo, el conductor bajó su ventanilla al distinguir una silueta fantasmal que parecía pertenecer a una mujer y preguntó. ¿Cuánto? Treinta euros, contestó una voz uniforme, sin emoción, con acento extranjero. Y entonces el chico de la cicatriz emitió un gruñido en señal de aprobación y el que es-

taba sentado detrás abrió la puerta y le indicó que subiera. La chica era joven, aunque mayor que ellos, escaúlida, casi sin pecho y de piel translúcida. Vestía altas botas negras y una minifalda de cuero del mismo color arrugada, posiblemente por el trajín de toda la noche. Todos dieron por hecho que era rumana, pero ninguno lo preguntó. El conductor, con una erección inmediata, una de esas reacciones que solo se tienen cuando lo anhelado durante horas —toda esa noche— está a punto de materializarse, se alejó unos metros y aparcó el coche en una especie de claro intercalado entre árboles y matorrales. Después, nervioso y con gestos violentos, como movido por un instinto animal, se abalanzó sobre el asiento de atrás, apartando al adolescente de pelo cortado a cepillo y dos aros grandes en las orejas. Voy yo primero, dijo. Y el otro solo se encogió de hombros y le cedió su asiento, maniobrando para colocarse en el lugar del conductor. No estaba excitado, el de los aros, al menos no en ese momento. El de la cicatriz sí, cada vez más, siempre pasaba lo mismo: era como si cada noche, cada momento, cada instante, fuera presa de una sed insaciable, eterna, una sed espuria que nunca se iba a calmar. Y los otros dos sabían cómo se ponía si no se cumplían sus directrices. Sabían que a lo mejor se llevaban una patada en las costillas, o un bofetón en la cara, o un puñetazo en la espalda. Era mejor tenerlo contento, sin duda.

En la vieja radio del coche suena una cinta de los Ilegales. O de Rage Against the Machine. O puede

que sea una sesión de música *techno*. O tal vez sea una maqueta de un grupo punk de los 90, desconocido entonces y desconocido ahora. Da igual. Es ruido y distorsión, y a ninguno de los tres parece incomodarle. Quizá sí a la chica, pero eso no importa ahora.

Ya ha pasado un rato. Los dos de delante solo escuchan el estridente sonido que hace el muelle del asiento trasero. Y entonces uno de ellos, el que antes estaba detrás, siente el agrio sabor de la anfetamina recorriendo su garganta, da un respingo y gira violentamente la cabeza hacia atrás. Me estoy rayando, vámonos de aquí, dice. El mayor de los tres, brazos flexionados flanqueando la cabeza de la chica, fuertes y espaciadas embestidas, lo mira durante un segundo y protesta. Te esperas hasta que me corra, coño. Y sigue moviéndose durante unos instantes, hasta que de pronto se detiene en seco, baja la cabeza y suspira profundamente. La chica se sube las medias y las bragas con un movimiento rápido y comprueba con alivio que ahí afuera están llegando las primeras motas de claridad. Parece que todo ha terminado. Pero entonces el que acaba de correrse le agarra la mano con fuerza. ¿Qué haces? Faltan dos. No, no, treinta completo uno, no todos, responde la chica con un tono bajo, aunque vagamente similar al del reproche. No le ha gustado esta reacción, al de la cicatriz; agarra el frágil y venoso cuello de la joven con las dos manos y se acerca a su oído: Te vas a portar bien, cojones, o te reventamos aquí mismo y no se entera ni Dios. Y luego saca una navaja del calcetín y la acerca al rostro de

la chica. Y sus pupilas, las de ella, se dilatan por el miedo, y su cerebro se activa, y las bragas y las medias vuelven a su sitio, y acepta la situación porque sabe que a esa hora solo está su compañera africana de la que no sabe ni el nombre, y lo más probable es que ni eso, porque había más coches pululando por ahí y las negras —lo ha aprendido en estos tres años de oficio— siempre tienen clientes.

Hay un zumbido persistente, monótono, que para durante unos segundos y luego vuelve a reanudarse, que todos parecen haber decidido ignorar.

Los de delante se miran entre sí con preocupación: saben que ese tío es capaz de usar la navaja, saben que es una mala bestia, saben que no está bien de la cabeza. Igual no hace falta, está bien así, que se marche, dice el tercero, el que está en el asiento del copiloto, el de la tez morena con aspecto de latino que no ha abierto la boca hasta ahora. Y su amigo, su colega, su compañero o lo que sea, aún con la navaja en la mano, contesta furioso: Que no, hostia, que nos la follamos los tres y punto. Y le indica con la cabeza al de los aros que lo sustituya, y el otro lo hace sin rechistar. El corazón le bombea con fuerza —el brillo de la hoja de la navaja ha rebajado su borrachera en un segundo—, pero su miembro está flácido. Está nervioso y sabe que la chica también lo está. Nota el ligero temblor de su rostro, el movimiento casi imperceptible de sus mejillas, la carne trémula de sus muslos. Siente una náusea cuando su piel entra en contacto con el preservativo, no es capaz de ponérselo. Entonces yergue la

cabeza, mira a los de delante e inclina su cuerpo de tal manera que ninguno de los dos pueda ver lo que realmente pasa: no existe penetración, solo un roce entre los dos sexos. El chico se mueve y empieza a jadear fuerte. Espera terminar pronto, desea que todo se acabe pronto. Pero en ese momento el de la cicatriz vuelve a hablar. Venga, coño, ponle la polla en la boca, que te la chupe, haz algo, ¿o es que eres maricón?, le grita al de la piel morena y mirada huidiza. Y este maniobra hasta llegar atrás y ponerse de rodillas de tal forma que su entrepierna quede a la altura de la cara de la chica. Mira al de los aros fugazmente, luego baja la cabeza, avergonzado. Su pene tampoco está duro. La chica, que lleva tiempo ya con los ojos cerrados, entreabre la boca y siente el tacto de un miembro sin circuncidar, sus labios se mueven tan solo unos centímetros; desde fuera parece que está durmiendo.

El que hasta ahora se suponía estaba penetrando a la chica resopla como tratando de hacer ver que ha alcanzado el orgasmo e intenta reincorporarse, pero un impacto seco en la espalda lo detiene. El chico de la cicatriz le ha propinado un golpe con la parte inferior de la mano. Qué cojones haces, estate quieto, que ahora viene lo mejor. Y el otro obedece y permanece en la misma posición, su pene todavía flojo, sin tensión, sus piernas ahora temblando, sus tripas amenazando con salir por cualquiera de sus orificios.

Continúa el zumbido. Es como si algo vibrase. Zum, zum, zum. Nadie le presta atención, aunque todos son conscientes de su presencia.

El de la cicatriz, con el miembro duro en la mano, se desliza con dificultad —ahora sí advierte el latigazo de dolor en la rodilla— hasta la parte de atrás. Agarra la mano de la chica y la coloca en su pene. La chica comienza a masturbarle de forma mecánica, como por inercia. Venga, agárrala del cuello, le ordena ahora al de los aros. Y este, dubitativo e inseguro, rodea con sus manos el cuello de la chica sin ejercer presión. ¡Aprieta, coño, aprieta! ¡Que eso les gusta! Y el chico cierra los ojos y aprieta y siente los huesos y los nervios y las venas de ella en sus dedos, y se estremece y nota un hormigueo incómodo en las manos, y finalmente las aparta y se echa a un lado, los brazos colgando, exánimes, la mirada vidriosa de los muertos. Quita de ahí, puta nenaza, le grita el otro mientras le abofetea la cara. El sonido reverbera en las ventanillas y se queda flotando en el aire. El de la cicatriz se lanza al cuello de la chica y hunde su laringe con los dedos pulgares. Algo ha cambiado en su expresión, en sus ojos, algo siniestro e inenarrable, algo profundo, como enquistado en su interior desde hace mucho tiempo.

Y la chica percibe de inmediato esa nueva energía y abre los ojos y advierte en el fondo de la mirada del chico, muy lejos y como flotando, una nube densa y negra. Y decide pelear porque sabe que tiene que hacerlo, es su única opción, e introduce sus uñas en la piel del brazo del otro y siente la sangre recorriendo sus cutículas, las uñas postizas de color escarlata partidas y desparramadas por el suelo del coche, el olor a látex impregnándolo todo.

También mueve las piernas, la chica. Miedo. Los tacones cortan el aire. Uno de ellos traspasa la carne. Sangre. El de la cicatriz se mira el muslo y jadea. Rabia. Responde con un puñetazo en el pómulo derecho. Después otro en la oreja. Un tercero en la nariz. Silencio. Ella menea la cabeza como un animal herido. Y abre la boca. Sus dientes atrapan dos dedos. Más sangre y jirones de piel. Sabor a hierro. Calor.

Me cago en su puta madre, dice el chico de la cicatriz. Casi me arranca los putos dedos. Y luego el alarido cavernoso, como salido del mismo infierno. Y después el ruido sordo de su mano golpeando el rostro de ella, que está a punto de convertirse en una masa deforme y sanguinolenta.

Ahora la cinta se ha parado y solo se escucha un sollozo leve y constante que sale de la boca de la chica, como un quejido monótono. Eso y el tenaz zumbido y el resuello del chico de la cicatriz, agotado por el esfuerzo. Ella ya no se mueve, ni siquiera es capaz de abrir los ojos. Todo lo que puede ver son imprecisas formas de colores vagando por un inmenso manto de oscuridad.

Silencio hueco en el coche. ¿Está muerta? Eso lo pregunta el de los aros cuando sale de su ensimismamiento. Se ha quedado petrificado después de apartarse de la chica y recibir la bofetada del otro, absorto, como si estuviera en otro mundo, incapaz de mover un solo músculo. No, todavía vive, llevémosla a un hospital. Eso responde el chico latino con rictus de terror. Su semblante está lívido. Una polla, nos ha visto

la cara, el coche, todo... Esto tenemos que acabarlo. La voz del chico de la cicatriz suena extrañamente serena, como si lo que acaba de decir fuera fruto de una profunda reflexión.

Ella llora, y algo parecido a un «no, por favor» sale de su tumefacta boca. Y entonces, seguramente porque la mente retiene los detalles más insignificantes en los peores momentos, el chico moreno repara en el lunar que tiene la chica en la barbilla. Y ahora son sus manos las que se tiran al cuello, y la navaja del otro se pierde en sus intestinos, y la mirada de ella es primero acuosa y luego vacía, y el sonido del cuerpo al caer sobre la tierra húmeda y dura es lo que permanecerá en el aire, un ruido como de escombros impactando contra el suelo, un ruido muy feo, sucio, un sonido breve, muy breve, como el de todas las cosas malas que perduran por siempre.

Y el zumbido, siempre el zumbido. Como una señal de alerta, como un anuncio del inminente peligro que ahora los acucia. Como para tomar conciencia de que todo aquello ha sido real.